

EL LIBRO DE LA OSCURIDAD. VOLUMEN I

La bella salvaje

Philip Pullman

Traducción de Dolors Gallart

Rocaeditorial

PRIMERA PARTE

La Trucha



1

El Cuarto de la Terraza

A cinco kilómetros del centro de Oxford, remontando el Támesis, no lejos de los grandes centros universitarios de Jordan, Gabriel, Balliol y de las dos decenas más de instituciones que se disputaban la supremacía en las competencias de remo, a una distancia donde la ciudad quedaba reducida a una concentración de torres y campanarios que descollaban por encima de la bruma de Port Meadow, se hallaba el priorato de Godstow, donde las bondadosas monjas se consagraban a sus santos quehaceres. Y, enfrente del priorato, en la otra orilla del río, había una posada llamada La Trucha.

La posada era un viejo edificio de piedra, laberíntico y acogedor. Delante del río había una terraza, donde dos pavos reales, que respondían a los nombres de Norman y Barry, se paseaban entre los clientes, sirviéndose sin permiso ni escrúpulos, alguno que otro bocado de sus mesas y emitiendo de vez en cuando incomprensibles y feroces gritos. Había una sala donde los señores, en el supuesto de que los alumnos de la universidad pudieran considerarse como tales, tomaban cerveza y fumaban en pipa; había una taberna donde los barqueros y campesinos se calentaban junto a la chimenea o jugaban a los dardos, charlaban en la barra, se peleaban, o bien

se emborrachaban en silencio; había una cocina donde la mujer del posadero preparaba una gran pieza de carne cada día, con un complicado engranaje de ruedas y cadenas que hacían girar el asador encima del fuego; y un muchacho que servía las mesas llamado Malcolm Polstead.

Malcolm, el único hijo del posadero, tenía once años. Era un chico curioso y amable, corpulento y de pelo rojizo. Iba a la escuela primaria de Ulvercote. Aunque tenía bastantes amigos, a él le gustaba más jugar con su daimonion Asta en su canoa, *La bella salvaje*. Un conocido suyo tuvo la ocurrencia de garabatear una S encima de la V. Malcolm tuvo que poner tres capas de pintura encima para corregirlo, hasta que perdió la paciencia y, de un puñetazo, arrojó al agua al gracioso. A partir de entonces, ambos firmaron algo parecido a una tregua.

Al igual que todos los hijos de los posaderos, Malcolm tenía que trabajar en la taberna, lavar platos y vasos, servir comida y jarras de cerveza. También debía recoger las mesas. Le parecía normal encargarse de aquellas tareas. Lo único que le molestaba en la vida era una muchacha de quince años llamada Alice, que ayudaba a lavar los platos. Era alta y flaca, con un pelo moreno lacio que llevaba recogido con una cola de caballo nada favorecedora. En la frente y en torno a la boca empezaban a formársele arrugas de insatisfacción. Desde el día en que llegó, siempre le estaba tomando el pelo: «¿Quién es tu novia, Malcolm? ¿No tienes novia? ¿Con quién estabas anoche? ¿La besaste? ¿Nunca te han dado un beso?».

Lo soportó sin protestar durante un tiempo, pero al final Asta se abalanzó sobre la esquelética grajilla que Alice tenía por daimonion y la arrojó de un golpe al agua sucia. Después mordió una y otra vez a aquella criatura, empapada de arriba abajo, hasta que Alice suplicó a gritos que parara. Luego se fue a quejar a la madre de Malcolm.

—Lo tienes merecido —le contestó—. No esperes que yo te compadezca. Lo mejor será que dejes de hacer burlas desagradables.

Y Alice lo hizo. A partir de entonces no se dirigieron la palabra; él ponía los vasos junto al fregadero, ella los lavaba,

él los secaba y los volvía a llevar al bar sin dedicarle ni una palabra, ni una mirada, ni un pensamiento.

En cualquier caso, le gustaba vivir en la posada. Disfrutaba, sobre todo, con las conversaciones que tenía oportunidad de escuchar, tanto si tenían que ver con las traicioneras aguas del río Board, la irremediable idiotez del Gobierno o con cuestiones de índole más filosófica, como si las estrellas tenían o no la misma edad que la Tierra.

A veces a Malcolm le despertaba tanto interés aquel último tipo de conversaciones que dejaba su carga de vasos vacíos encima de la mesa y se sumaba a ellas, aunque sólo después de haber estado escuchando con gran atención. Muchos eruditos y visitantes lo conocían y le daban generosas propinas, pero él no aspiraba a ser rico; aceptaba las propinas como una dádiva de la providencia. Así llegó a considerarse una persona afortunada, cosa que le resultó bastante útil en la vida. Si hubiera sido la clase de chico a quien se le pone un apodo, seguramente le habrían puesto «Profesor». Pero él no era de ese tipo. Quienes se fijaban en aquel chico lo apreciaban, pero normalmente llamaba poco la atención, lo que no le importaba.

El otro lugar importante en la vida de Malcolm quedaba justo al otro lado del río, frente a la posada, en el recinto de edificios de piedra gris rodeados de verdes campos y primorosas huertas: el priorato de Saint Rosamund. Las religiosas cultivaban sus verduras y sus frutas, cuidaban de sus abejas y cosían sus elegantes vestiduras. Sin embargo, aun siendo casi del todo autosuficientes, de vez en cuando necesitaban un muchacho para hacer recados o para ayudar al señor Taphouse, el viejo carpintero, a reparar una escalera, o bien para llevarles pescado desde los estanques de Medley, situados un poco más lejos, río abajo. *La bella salvaje* solía transportar víveres o personas al servicio de aquellas amables monjas; Malcolm había llevado más de una vez a la hermana Benedicta hasta la Royal Mail Zeppelin Station, cargada con valiosos paquetes de estolas, de capas pluviales o de casullas para el obispo de Londres, que parecía desgastar mucho sus atuendos, pues los cambiaba con una rapidez fuera de lo normal. Malcolm aprendía mucho de aquellos tranquilos viajes.

—¿Cómo hace para que le salgan tan bien los atados, hermana Benedicta? —le preguntó un día.

—No son atados precisamente, sino paquetes —le hizo ver la hermana Benedicta.

—Bueno, esos paquetes. ¿Cómo hace para que no se maltraten?

—Los paquetes no se maltratan, Malcolm.

No le importaba que lo corrigiera siempre; era como una especie de juego entre ellos.

—Pues yo pensaba que sí —dijo.

—Hay cosas que se maltratan, como los cacharros, y otras que se pueden estropear o deshacer, como los paquetes, si no están bien atados.

—Ah, pues yo sólo quiero saber cómo los amarra.

—Te prometo que la próxima vez que tenga que preparar un paquete, te lo enseñaré —dijo la hermana Benedicta, y cumplió su promesa.

18 Malcolm admiraba a las religiosas por la pulcritud con que hacían las cosas, por cómo disponían los frutales en espalderas en el muro más soleado de la huerta, por la gracia y la delicadeza con que combinaban sus voces en los cantos de los oficios de la iglesia, por los detalles que solían tener con la gente. Le gustaba conversar con ellas sobre cuestiones de religión.

—En la Biblia dice que Dios creó el mundo en seis días, ¿no? —dijo una vez, mientras ayudaba a la anciana hermana Fenella en la espaciosa cocina.

—Eso es —confirmó la hermana Fenella, que estaba trabajando una masa.

—Entonces ¿por qué hay fósiles y cosas que tienen millones de años de antigüedad?

—Ah, es que entonces los días eran mucho más largos —explicó la hermana—. ¿No has acabado de cortar el ruibarbo? Mira, yo habré terminado antes que tú.

—¿Por qué usamos este cuchillo para el ruibarbo y no los viejos? Los viejos están más afilados.

—Es por el ácido oxálico —dijo la hermana Fenella, colocando la masa en una bandeja—. El acero inoxidable es mejor para el ruibarbo. Ahora, pásame el azúcar.

—Ácido oxálico —repitió Malcolm, saboreando las palabras—. ¿Qué es una casulla, hermana?

—Es un vestido que se ponen los sacerdotes por encima de las albas.

—¿Y por qué usted no cose como las otras hermanas?

Apoyado en el respaldo de una silla cercana, el daimonion ardilla de la hermana Fenella emitió una mansa exclamación.

—Cada cual hace lo que se le da mejor —respondió la monja—. A mí nunca se me dio muy bien bordar... ¡Fíjate en qué dedos más gordos tengo! En cambio, las otras hermanas consideran que me quedan bien los pasteles.

—A mí me gustan sus pasteles —confirmó Malcolm.

—Gracias, cariño.

—Son casi tan buenos como los de mi madre. A ella le quedan más... tupidos. Igual tiene que aplastar más la masa.

—Igual sí.

En la cocina del priorato no se desperdiciaba nada. Los pedazos que le habían sobrado a la hermana Fenella después de recortar las tartas de ruibarbo servían para formar rudimentarias cruces, hojas de palmera o peces que, recubiertos con pasas y espolvoreados con un poco de azúcar, hacían cocer por separado. Todos tenían un significado religioso, aunque a la hermana Fenella (¡con aquellos dedos tan gordos!) le quedaban todos bastante parecidos. Malcolm era más hábil, pero antes tenía que lavarse meticulosamente las manos.

—¿Quién se come estos pastelitos, hermana? —preguntó.

—Ah, siempre se dejan para el final. A veces, a las visitas les gusta comer algo con el té.

Al estar en el punto de intersección de la carretera con el río, el priorato era muy conocido entre los viajeros; las monjas solían tener visitas. En La Trucha también las tenían, por supuesto. En la posada casi siempre se quedaban a dormir dos o tres huéspedes, a los cuales Malcolm debía servir el desayuno, aunque por lo general eran pescadores o viajantes de comercio, que vendían hoja de fumar, herramientas o maquinaria agrícola. Los huéspedes del priorato eran de otra categoría: grandes señores y damas; a veces obispos y otros miembros del clero; personas importantes que no tenían ninguna conexión con las

universidades de la ciudad y no podían recabar hospitalidad en ellas. En una ocasión, hubo una princesa que se quedó seis semanas, pero Malcolm sólo la vio dos veces. La habían mandado allí como castigo. Su daimonion era una comadreja que le gruñía a todo el mundo.

Malcolm también ayudaba con esos invitados. Cuidaba de sus caballos, les limpiaba las botas, les llevaba mensajes. Y, de vez en cuando, recibía una propina. Todo ese dinero iba a parar a una morsa de hojalata que tenía en la habitación. Cuando se le apretaba la cola, abría la boca y uno podía poner la moneda entre sus colmillos, uno de los cuales se había roto; había vuelto a ocupar su sitio, recompuesto con pegamento. Malcolm ignoraba cuánto dinero tenía, pero la morsa pesaba bastante. Quizá podría comprarse una escopeta cuando tuviera suficiente, pero, como no creía que su padre se lo permitiera, tendría que esperar. Mientras tanto, se iba familiarizando con las costumbres de los viajeros, ya fueran normales o especiales.

20 Desde su punto de vista, probablemente no había otro lugar en la Tierra donde pudiera aprender tanto del mundo como en esa pequeña curva del río, con la posada a un lado y el priorato en el otro. Él suponía que, de mayor, ayudaría a su padre en el bar y después se haría cargo del negocio cuando sus padres fueran demasiado viejos para seguir. No le parecía una mala idea. Sería mucho mejor administrar La Trucha, que la mayor parte de las otras posadas, porque por allí pasaba gente de mundo y a menudo había personas eruditas y distinguidas con quien hablar. No obstante, no era eso lo que de verdad le habría gustado hacer. A él le habría gustado ir a la universidad para ser astrónomo o teólogo experimental, y hacer grandes descubrimientos sobre la naturaleza oculta de las cosas. Le habría encantado, por ejemplo, ser aprendiz de filósofo. Pero tenía pocas probabilidades de cumplir ese sueño. En la escuela primaria de Ulvercote se educaba a los alumnos para ejercer oficios artesanales o, cuando mucho, de escribientes, antes de soltarlos en el amplio mundo a los catorce años. Por lo que Malcolm sabía que un muchacho listo con una canoa tenía pocas oportunidades de acceder a estudios superiores.

Y

Un día de pleno invierno, llegaron a La Trucha unos clientes bastante inusuales. Tres de ellos aparecieron en coche y se fueron enseguida al Cuarto de la Terraza, el comedor más pequeño de la posada, que ofrecía vistas de la terraza, el río y el priorato. Quedaba al final del pasillo y casi no se usaba en invierno ni en verano. Tenía unas ventanas pequeñas y no permitía salir a la terraza, a pesar de su nombre.

Malcolm había terminado su tarea de geometría y acababa de comer un poco de rosbif con pudin de Yorkshire, seguido de una manzana asada con natillas, cuando su padre lo llamó desde el bar.

—Ve a ver qué quieren esos señores del Cuarto de la Terraza —dijo—. Seguramente son forasteros y no saben si hay que ir a recoger la bebida al bar. Supongo que querrán que los sirvan allí mismo.

Encantado con la novedad, Malcolm fue hasta aquel pequeño cuarto y encontró a tres caballeros, cuyo rango no pudo determinar a primera vista. Estaban encorvados delante de la ventana, mirando afuera.

—¿Se les ofrece algo, caballeros? —preguntó.

Se volvieron en el acto. Dos de ellos pidieron vino tinto; el tercero, ron. Cuando Malcolm volvió con las bebidas, preguntaron si podían cenar allí. Y, en tal caso, qué tenían de comer.

—Rosbif, señores, y muy bueno. Lo sé porque acabo de comerlo yo mismo.

—Ah, *le patron mange ici*, ¿eh? —dijo el mayor de los señores, mientras acercaban las sillas a la pequeña mesa.

Su daimonion, un bonito lémur blanco y negro, permanecía tranquilamente sentado sobre sus hombros.

—Yo vivo aquí, señor, el dueño es mi padre —explicó Malcolm—. Y mi madre es la cocinera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el más alto y delgado de los recién llegados, un hombre de aspecto instruido y pelo cano, que tenía un verderón por daimonion.

—Malcolm Polstead, señor.

—¿Qué es eso que hay al otro lado del río, Malcolm? —preguntó el otro, un individuo con unos grandes ojos oscuros y bigote negro, cuyo daimonion yacía enroscado en el suelo a sus pies, inidentificable.

Estaba todo a oscuras: lo único que podían ver en la otra orilla del río era el tenue brillo de las vidrieras de la capilla y la luz que siempre había encendida encima de la entrada.

—Es el priorato, señor, de las hermanas de la orden de Saint Rosamund.

—¿Y quién era Saint Rosamund?

—Nunca se lo he preguntado. Aunque hay una imagen de ella en las vidrieras: es como si estuviera de pie en el centro de una gran rosa. Supongo que de ahí le viene el nombre. Tendré que preguntárselo a la hermana Benedicta.

—Ah, entonces las conoces bien, ¿no?

—Hablo prácticamente con ellas todos los días, señor. Hago mandados, recados y cosas así.

22 —¿Y reciben visitas algunas veces? —quiso saber el hombre de más edad.

—Sí, señor, bastante a menudo. De toda clase de personas. Señor, no querría molestarlos, pero aquí hace mucho frío. ¿Quieren que encienda el fuego? O, si no, también pueden ir al salón. Allí se está muy bien y es muy bonito.

—No, nos quedaremos aquí, gracias, Malcolm. Pero sí nos gustaría que encendieras la chimenea.

Malcolm encendió una cerilla y el fuego prendió de inmediato. Su padre sabía preparar muy bien la chimenea; Malcolm lo había observado muchas veces. La leña era suficiente para toda la velada, si aquellos hombres se querían quedar.

—¿Hay mucha gente esta noche? —preguntó el individuo de ojos oscuros.

—Supongo que debe de haber una docena de personas más o menos, señor. Lo normal.

—Estupendo —dijo el mayor—. Bueno, tráenos un poco de rosbif.

—¿Con sopa de primero, señor? Hoy es de chirivía con especias.

—Sí. ¿Por qué no? Sopa para todos y después ese famoso rosbif. Y otra botella de vino.

Malcolm no creía que el rosbif fuera realmente famoso: era sólo una manera de hablar. Se fue a buscar los cubiertos y a transmitir el pedido a su madre, que estaba en la cocina.

Asta, transformado en jilguero, le murmuró algo al oído:

—Ellos ya sabían lo de las monjas.

—Entonces, ¿por qué preguntaron? —contestó Malcolm en voz baja.

—Era para probar si decíamos la verdad.

—¿Qué querrán?

—No parecen universitarios.

—Un poco sí.

—Parecen políticos —insistió el daimonion.

—¿Y cómo sabes tú qué aspecto tienen los políticos?

—Es una impresión.

Malcolm prefirió no discutir. Había otros clientes que atender y estaba ocupado. Además compartía la impresión de Asta. Pocas veces tenía ese tipo de sensaciones con respecto a las personas (si eran amables con él, le caían simpáticas), pero su daimonion había demostrado muchas veces su buena intuición. Claro que, puesto que él y Asta componían una misma entidad, las intuiciones eran compartidas.

El padre de Malcolm sirvió en persona la comida a los tres huéspedes y descorchó el vino. Malcolm no había aprendido a llevar tres platos calientes al mismo tiempo. Cuando el señor Polstead volvió a la sala principal, indicó a Malcolm que se acercara con un gesto.

—¿Qué te han dicho esos señores? —preguntó en voz baja.

—Me han preguntado por el priorato.

—Quieren volver a hablar contigo. Dicen que eres un chico listo. Tienes que tratarlos con mucha educación, ¿eh? ¿Sabes quiénes son?

Malcolm sacudió la cabeza, con ojos como platos.

—El mayor es lord Nugent, el que antes era el lord canciller de Inglaterra.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he reconocido porque he visto su foto en el periódico. Ahora ve. Responde a todo lo que te pregunten.

Malcolm se fue por el pasillo.

—¿Lo ves? —le susurró Asta—. ¿Quién tenía razón, eh? ¡El lord canciller de Inglaterra, nada menos!

Los hombres comían las generosas raciones de rosbif que les había servido la madre de Malcolm y hablaban en voz baja. Aun así, callaron de repente en cuanto el chico entró.

—He venido para ver si quieren que encienda otra luz, caballeros —dijo—. Puedo traer una lámpara de petróleo, si lo desean.

—Sí, es una buena idea..., dentro de poco, Malcolm —respondió el hombre que había sido el lord canciller—. Pero antes dime: ¿cuántos años tienes?

—Once, señor.

Tal vez habría tenido que decir «milord», pero el antiguo lord canciller de Inglaterra pareció conformarse con «señor». Quizá viajaba de incógnito, en cuyo caso no querría que le dieran el tratamiento que le correspondía.

—¿Y dónde vas a la escuela?

—Voy a la escuela primaria de Ulvercote, señor. Está al otro lado de Port Meadow.

—¿Qué crees que vas a hacer de mayor?

—Seguramente seré posadero, igual que mi padre, señor.

—Una ocupación bastante interesante, diría yo.

—A mí también me lo parece, señor.

—Por eso de que hay un trasiego de gente muy variada, ¿verdad?

—Eso es, señor. Aquí viene gente de la universidad y barqueros y marinos de todas partes.

—Ustedes ven todo lo que pasa, ¿no?

—Bastante, señor.

—El tráfico del río, en un sentido y en otro, por ejemplo.

—Lo más interesante es en el canal, señor. Hay barcos gitanos que suben y bajan... y la Feria del Caballo..., en julio. Entonces el canal está lleno de barcos y de viajeros.

—La Feria del Caballo... y gitanos, ¿eh?

—Vienen de todas partes a comprar y vender caballos.

—Y las monjas del priorato —intervino el hombre que parecía más instruido—, ¿cómo se ganan ellas la vida? ¿Elaboran perfumes o algo por el estilo?

—Cultivan muchas verduras —explicó Malcolm—. Mi madre siempre les compra verduras y fruta. Miel también. Ah, y cosen y bordan ropa que lleva la gente del clero. Casullas y cosas así. Seguro que les deben pagar bastante por eso. Deben de tener algo de dinero, porque compran pescado del estanque de Medley, que queda río abajo.

—Cuando reciben visitas en el priorato, ¿de qué clase de gente se trata, Malcolm? —preguntó el antiguo lord canciller.

—Bueno, señoras, a veces..., damas jóvenes..., otras veces, algún cura u obispo anciano. Creo que vienen aquí a descansar.

—¿A descansar?

—Eso me dijo la hermana Benedicta. Dijo que antiguamente, antes de que hubiera posadas como esta y hoteles, y sobre todo hospitales, la gente solía quedarse en monasterios, prioratos y sitios así, pero que hoy en día eran casi siempre señores del clero o a veces monjas de otros lugares los que venían a pasar la convales..., conva...

—Convalecencia —lo ayudó lord Nugent.

—Sí, eso es, señor. Para ponerse bien.

El comensal de los ojos oscuros terminó el rosbif y colocó juntos el cuchillo y el tenedor en el plato.

—¿Y ahora hay alguien? —preguntó.

—Me parece que no, señor. A no ser que sea alguien que casi no sale. Normalmente a las visitas les gusta salir a pasear por el jardín, pero como tampoco ha hecho muy buen tiempo... No sé... ¿Quieren que les sirva ahora el postre, caballeros?

—¿Qué hay?

—Manzana asada con natillas. Las manzanas son de la huerta del priorato.

—Vaya, no podemos perder la ocasión de probarlas —dijo el hombre con aspecto de erudito—. Sí, tráenos manzanas asadas con natillas.

Malcolm empezó a recoger los platos y los cubiertos.

—¿Tú siempre has vivido aquí, Malcolm? —quiso saber lord Nugent.

—Sí, señor. Yo nací aquí.

—Y dada tu dilatada experiencia con el priorato, ¿sabes si alguna vez cuidaron de un niño?

—¿De un niño muy pequeño, señor?

—Sí. Un niño demasiado pequeño para ir a la escuela, un bebé incluso. ¿Sabes si han tenido a alguien así?

Malcolm se quedó pensando.

—No, señor, nunca —respondió—. Damas, caballeros o clérigos sí, pero nunca han tenido un bebé.

—Comprendo. Gracias, Malcolm.

Recogiendo las copas por los tallos, logró llevárselas las tres, además de los platos.

—¿Un bebé? —susurró Asta, de camino a la cocina.

—Es algo misterioso —comentó Malcolm con satisfacción—. Quizá sea un huérfano.

—O algo peor —dijo Asta con aire sombrío.

Malcolm dejó los platos junto al fregadero y, sin prestarle la menor atención a Alice, como de costumbre, encargó los postres.

—Tu padre cree que uno de esos señores es el anterior lord canciller —comentó la madre de Malcolm.

—Entonces será mejor que le pongas una manzana bien grande y hermosa —opinó Malcolm.

—¿Qué es lo que querían saber? —preguntó ella, mientras rociaba las manzanas con natillas.

—Eh, cosas del priorato.

—¿Vas a poder con todo eso? Está caliente.

—Sí, no es mucho. Puedo solo, de verdad.

—Más te vale. Si dejas caer la manzana del lord canciller, vas a ir a parar a la cárcel.

Consiguió llevar los cuencos con esmero, aunque en el trayecto se fueron poniendo cada vez más calientes. Los caballeros no le hicieron más preguntas. Sólo pidieron café. Malcolm les llevó una lámpara de petróleo antes de ir a buscar las tazas a la cocina.

—Mamá, tú ya sabes que en el priorato tienen invitados a veces. ¿Te enteraste de si alguna vez estuvieron cuidando de un bebé?

—¿Y para qué lo quieres saber?

—Me lo acaban de preguntar el lord canciller y los demás.

—¿Y tú qué les dijiste?

—Les dije que me parecía que no.

—Pues eso es lo que tenías que responder. Ahora sal de aquí y trae unos cuantos vasos.

En la sala principal, Asta le susurró algo, entre el ruido y las carcajadas.

—Se sobresaltó cuando le preguntaste eso. He visto cómo Kerin se despertaba y levantaba las orejas.

Kerin era el daimonion de la señora Polstead, un tejón hosco y tolerante.

—Es sólo porque era algo sorprendente —opinó Malcolm—. Seguro que tú también te sorprendiste cuando me lo preguntaron a mí.

—Ah, no. Yo soy inescrutable.

—Bueno, pues a mí sí deben de haberme visto cara de extrañado.

—¿Se le contaremos a las monjas?

—Creo que sí: es lo mejor —respondió Malcolm—. Mañana. Tienen que saber que alguien ha estado haciendo preguntas sobre ellas.